

C-36-38 (26) 4-9-96 31

CONFERENCIA LITERARIA

PRONUNCIADA POR

D. Miguel Bolea y Sintas,

DOCTORAL

DE MALAGA,



EN EL

COLEGIO DE LA ASUNCION

DE DICHA CIUDAD,

EL DIA 23 DE ABRIL DE 1896

CON LICENCIA ECLESIASTICA

MÁLAGA

Establecimiento Tipográfico de A. Gilabert.

1896

LA NOVELA EN EL SIGLO XIX





BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sais:

C

Estante:

002

Numero:

056C31

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21

# LA NOVELA EN EL SIGLO XIX

CONFERENCIA LITERARIA

Biblioteca Univer. de	
GUANAJUATO	
Clase	C
Estantería	36
Número	38 (26)





BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Numero:

056(31)

LA NOVELA EN EL SIGLO XIX

CONFERENCIA LITERARIA



LIBRARY  
UNIVERSITY OF TORONTO  
1911



R. 28096

# La Novela en el siglo XIX

---

CONFERENCIA LITERARIA

PRONUNCIADA POR

D. MIGUEL BOLEA Y SINTAS,

DOCTORAL DE MÁLAGA,

EN EL COLEGIO DE LA ASUNCIÓN

DE DICHA CIUDAD,

EL DIA 23 DE ABRIL DE 1896

---

CON LICENCIA ECLESIASTICA

---

MÁLAGA

IMPRESA, ENCUADERNACIONES Y RAYADOS DE A. GILBERT

1896



4744



# DEDICATORIA

---

AL EXCMO. É ILMO. SR.

D. Juan Muñoz Herrera,

DIGNÍSIMO OBISPO DE MÁLAGA

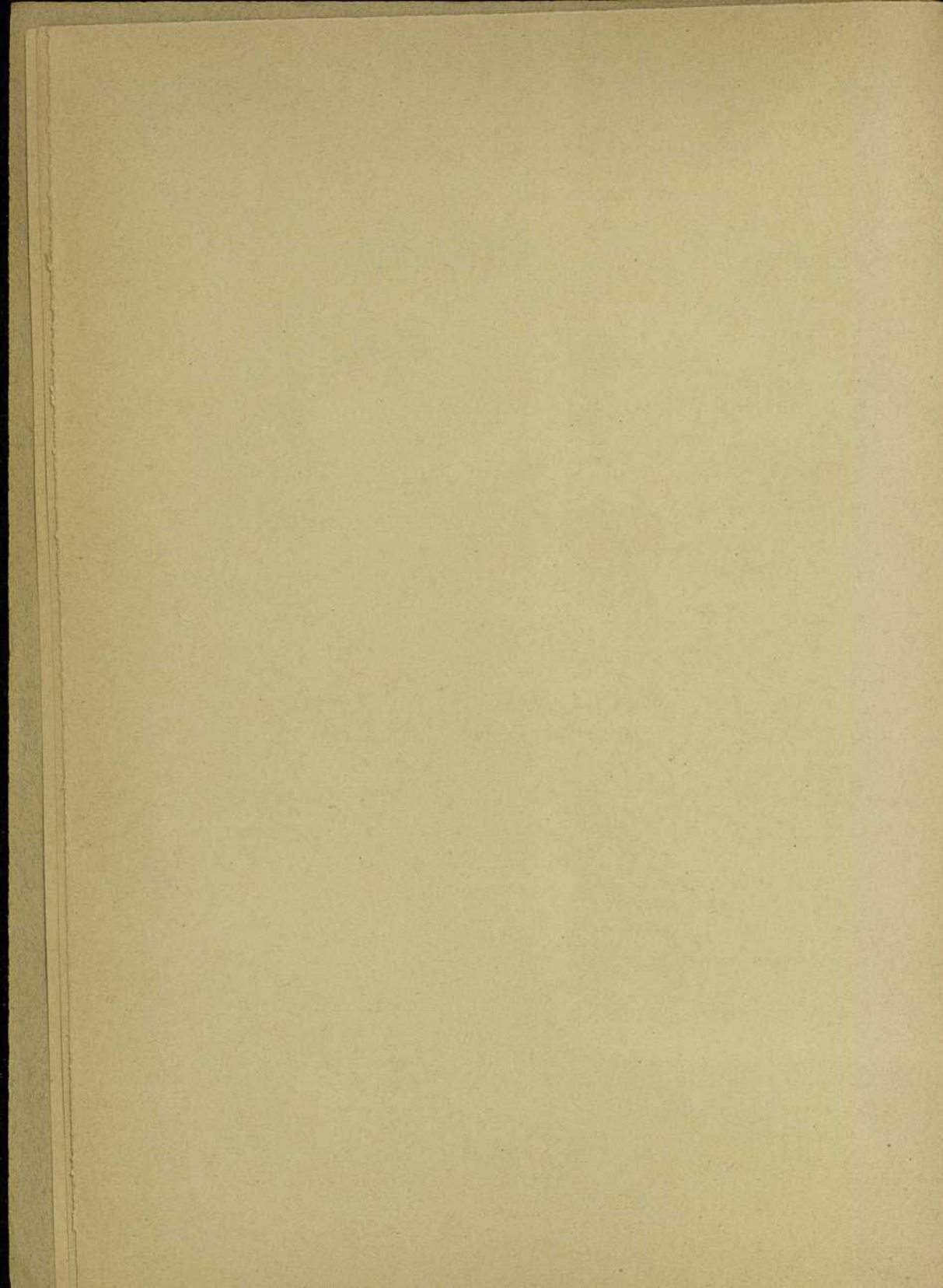
---

*Excmo. Sr.:*

*Pues que V. E. I. se dignó honrar esta conferencia asistiendo á ella, díguese prestarle tambien su protección, permitiéndole que el nombre de V. E. I. vaya á su frente cuando sale á luz; que esto le dará algún mérito ya que no puede darle alguno su autor, humilde servidor de V. E. I. cuyo a. p. b.*

*Miguel Bolea y Sintas.*

Donado á la Biblioteca Universitaria  
de GRANADA por  
Franc<sup>co</sup> L. Hidalgo Rodríguez







CONFERENCIA 16.<sup>a</sup> Y ÚLTIMA  
PRONUNCIADA POR  
D. MIGUEL BOLEA Y SINTAS,  
EN EL  
COLEGIO DE LA ASUNCIÓN DE LA CIUDAD DE MÁLAGA



EXCMO. É ILMO. SR.:

Ha trascurrido ya más de un año desde que el Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, digno antecesor de V. E. I. en esta Sede episcopal de Málaga, se dignó inaugurar estas conferencias que yo, invitado por estas Señoras, he tenido la honra, para mí sin par, de pronunciar y de ser escuchado, si no con satisfacción, porque ni mi palabra ni mis conocimientos pueden proporcionarla, con atención y benevolencia, que es mucho más de lo que yo merezco y tengo derecho á exigir.

Debía tratar de la historia de nuestra literatura española; y como en ella se han ocupado muy notables historiadores, tanto de nuestra pátria, como

extrangeros, y por otra parte sólo para Señoras eran mis conferencias, he procurado en ellas detenerme más en aquellos puntos de nuestra historia literaria, que, tal vez por ser más conocidos ó acaso por suponerlo así de todos, han sido más ligeramente examinados por los historiadores: y en este concepto, después que recordé algunos principios de estética que consideraba necesario tener á la vista, para apreciar la belleza en las obras literarias, referí ligeramente la historia de las tres escuelas: Provenzal, Italiana y Castellana, que son las que constituyen y forman nuestra literatura española.

En todas mis conferencias he procurado tener presentes estas tres escuelas, que desde que los trovadores provenzales trageron la primera, nuestros poetas importaron la segunda é inventó nuestro pueblo la tercera, han marchado siempre unidas; pero sin confundirse por la diversidad de sus caracteres, que todavía conservan, exigiendo la escuela Provenzal, que es ligera y juguetona, la Italiana que es grandilocuente y erudita y la Castellana que es sencilla y natural, distinta entonación, diferente lenguaje, diversa forma poética y hasta determinado metro; de tal modo, que la pretensión de que los caracteres de una de esas escuelas, que no nacieron en España, dominen en las otras, ha sido de ordinario la causa, y no la Inquisición, ni la intolerancia, ni el despotismo, como algunos equivocadamente dicen, ha sido, repito, la causa de nuestra decadencia literaria en las épocas en que tuvo lugar;



pues el cortesatismo, el conceptismo y el gongorismo que la produjeron no reconocieron otro origen.

Me detuve tambien en la historia de los libros *de caballerías*, porque la rapidéz de su desaparición y el profundo olvido en que cayeron, han hecho que esos libros no se estudien en lo que acaso consistía su único mérito, que era en ser unas alegorías: y en el estudio de nuestra poesía dramática, para demostrar que en España apareció en la Iglesia y ésta la amparó y prestó su apoyo, hasta que se hizo descocada y obscena, que la Iglesia tuvo que lanzarla á la calle y no permitirle en nuestras procesiones: tambien hablé de la poesía lírica y de la poesía épica; para fijar la atención sobre la circunstancia de que en su elevación y engrandecimiento la impulsaba, y en su decadencia la contenía el espíritu religioso; poniendo así de manifiesto la relación y armonía que entre la religión y las letras existió siempre en España.

Con detención procuré además explicar, por ser hoy estudio poco consultado, la influencia que en nuestra lengua han ejercido los proverbios, adagios y refranes, haciéndola más concisa, más sentenciosa y prestándole cierta agradable sorpresa, que la caracteriza y la distingue de todas las otras lenguas; y procuré detenerme, más que en otra cosa alguna, en la historia de nuestra decadencia literaria del siglo XVII; para demostrar que no reconoció otra causa, que la antigua manía de los partidarios de

la escuela Italiana, de inventar un lenguaje poético, que la escuela castellana no puede admitir, y que por tanto carecían de fundamento y de razón todos aquellos fantasmas, que inventó la pasión política y exageró el ódio sectario, para explicar una decadencia que no fué de España únicamente, sino de toda la Europa culta; pues que los gongoristas de España no fueron otra cosa, que los marinistas de Italia, los pléyades de Francia y los eufoistas de Inglaterra.

De esta manera, tropezando aquí, cayendo allá y estropeando siempre nuestras mayores glorias literarias, pero animado por la atención que estas Señoras se dignaban dispensarme, llegué hasta finalizar el siglo XVIII, que era hasta donde había prometido llegar, pues no me atrevía á penetrar en el siglo XIX, por considerarlo lleno de espinas; y allí seguramente diera por terminadas mis conferencias, si por aquellos dias que yo las comenzaba, no cayera por casualidad en mis manos una revista literaria, de mucha boga en España, en la que leí un análisis de el *Quijote*, de Miguel de Cervantes Saavedra, que había hecho un español, cuyo nombre no hace al caso, pero en el cual análisis se pretendía demostrar, que es el *Quijote* un libro de propaganda filosófica y antireligiosa; y por lo tanto, Cervantes debía ser un rabioso demagogo y un furibundo librepensador; aunque seguramente el Manco de Lepanto hubiérase reído hasta de esas palabras tan poco castellanas y menos filosóficas. Ver esto publi-



cado en un libro español que anda en manos hasta de las Señoras, me movió á pronunciar una conferencia sobre el *Quijote*, para demostrar que el autor no se propuso otro objeto que el de ridiculizar, y según sus mismas palabras, «poner en aborrecimiento de los hombres las historias fingidas y fábulas de los libros *de caballerias*» y que en esto estriba su belleza, hasta el punto, que los que en él suponen otras pretensiones, no hacen más que estropear el libro para dar tormento al autor; y como ya con esto alteraba el número de las conferencias que me había propuesto, quise manifestar á estas Señoras y Señoritas, mi agradecimiento por sus atenciones y bondades; y no obstante mi temor de penetrar en el siglo XIX, prometí hablarles una tarde de la historia de la novela en este siglo, y esta es la conferencia que hoy vengo á pronunciar y á que V. E. I. se ha dignado asistir. De esta manera mi pobre trabajo, que es más pobre porque es mío, adquiere para mí la notable importancia, de haberse inaugurado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo D. Marcelo Spínola y Maestre, y terminarse con la presencia de V. E. I., encontrándose así en medio de dos Prelados, honra de la Iglesia española, á los que nobleza y gratitud me obligan á rendir mi más obsequioso afecto.

Y no quiere esto decir, Señoras y Señoritas, que no me considere deudor á Vds. de la honra más grande, que en mi vida, oculta siempre en la obscura medianía que le corresponde, he recibido: Ustedes fueron las que, por su bondad más que por mi valer,

aconsejadas sin duda por la respetable Señora y buena Madre Directora de este Colegio, á quien seguramente alentaba más su buen deseo que mis conocimientos, me designaron para dar estas conferencias: Vds. son las que con su constante asistencia y benévola atención, les han prestado una importancia que ellas no tenían: Vds., las que les han dado una nombradía que ellas por sí, ni merecen ni podían alcanzar. ¿Cómo he de olvidar yo jamás tantas bondades? Después de esta tarde, es lo probable que no volvamos á vernos reunidos; yo ya soy viejo y solo la bondad de Vds. y la consideración y el respeto que á toda persona bien nacida las Señoras merecen, han podido meterme ahora en esto, que por mi edad, por mi estado y más que todo por mi falta de conocimientos, considero yo en mi interior como haberme metido en libros *de caballerías*; y por otra parte, debo suponer que Ustedes estarán repitiendo para sí, aquel adagio vulgar «si de esta salgo y no muero....» no es de suponer, pues, que volvamos á vernos reunidos en la vida; pero créanme Vds., durante la mía, habrá un sitio en que siempre estaremos juntos; mi gratitud las tendrá siempre reunidas en mi corazón.

Bien sabe Dios que no es este un mero cumplido, y Vds. pueden comprenderlo así, si tienen en cuenta el esfuerzo que he tenido que hacer para dar esta conferencia, que se refiere á nuestro siglo; por educación, por temperamento y por estado, soy enemigo de herir susceptibilidades y de lastimar reputa-



ciones bien ó mal ganadas, con juicios que por ser míos han de llevar el temor de ser equivocados; y sin embargo, solo el deseo de recordar á Vds. lo que seguramente saben, porque es lo que más les interesa en el estudio que venimos haciendo, me ha movido á arrostrarlo todo, y echando pecho al agua, continuar la historia de la novela desde el siglo XVII que la dejamos, hasta estos nuestros días.

Recordarán Vds. que al estudiarla en el siglo antes citado, nos deteníamos á la mitad de él, hablando de las colecciones de novelas cortas, que entónces se publicaban, y cuyas numerosas ediciones demuestran, que no era en aquellos días el pueblo español tan poco aficionado á la lectura, como generalmente hoy se cree. Es verdad que en esas novelas ya se descubre la decadencia de nuestra literatura, pues algunas de ellas, como la que escribió Alonso de Alcalá, titulada *Varios efectos de amor*, y fué publicada en 1641, no tienen otro mérito ni el autor pretendió que tuvieran otro, que el estar escrita cada una de las cinco novelas que forman la colección, sin una de las cinco vocales; é indica además la decadencia, la gran boga que alcanzaron las novelas alegórico-satíricas que habían comenzado con los mordaces y atrevidos *Sueños*, de Quevedo, siendo de las más notables de este género *El Diablo Cojuelo*, que escribió Luis Velez de Guevara y fué publicado en el año 1641 antes citado.

Siguiéronse publicando durante todo aquel siglo, muchas colecciones y novelas sueltas, princi-

palmente de las alegórico-satíricas, que eran las que más gustaban al público, y fué autor muy notable, en este género, Francisco Santos, natural de Madrid, que murió al comenzar el siglo XVIII, y publicó varias colecciones de novelas cortas para entretenimiento del público, las más de ellas de costumbres y no pocas alegórico-satíricas; entre ellas se distinguen *Día y noche de Madrid*, *Periquillo el de las Gallineras*, *La Verdad en el Potro ó El Cid Resucitado*, *El Diablo anda suelto*, *Las Tarascas de Madrid* y *Los Gigantones*.

Al comenzar el siglo XVIII, aconteció con la novela en España una cosa particular que demuestra el buen gusto literario de nuestro pueblo, y su carácter entero, pues aunque con facilidad siga los caminos de la corrupción, desde el momento que de voz autorizada escucha la verdad ó que comprende su error, olvida y detesta los libros maleados; ya saben Vds. lo que ocurrió con los libros *de caballerías*, luego que apareció el *Quijote*; y cómo desde que el P. José Francisco de Isla publicó su *Fray Gerundio de Campazas*, no volvieron á imprimirse los sermones que con tanta gracia ridiculizó. Pues esto, aunque por diversa causa, ocurrió con la novela: Vds. recordarán que en otra ocasión tuve el honor de decirles que en el siglo XVI, el Padre Roman de la Higuera y el titulado Lupian Zapata, sea ó nó Antonio Novis, habían publicado unos cronicones, diciendo que los habían encontrado en el monasterio de Fulda, en Alemania, y que se



habían escrito en los primeros siglos de la Iglesia por Flavio Dextro, los Obispos de Zaragoza, Tajon y Eleca, y el Diácono Luit Prando; hubo algunos sábios en España que dudaron de la autenticidad de tales cronicones; pero la generalidad los tuvieron como auténticos, y cuantos escribían de historia, principalmente eclesiástica, acudían á beber lo que en aquellas fuentes se contenía, que era una ridícula falsedad, porque á fines del siglo XVII se descubrió sin género alguno de duda, que los tales cronicones eran una invención grosera de Lupian Zapata y de Roman de la Higuera. Fué esto gran mengua para nuestros literatos, que, víctimas de aquella superchería, habían manchado todas nuestras historias, y así dedicaron todos sus esfuerzos á estudios críticos para descubrir la verdad, según vimos al tratar del siglo XVIII; y hasta el pueblo mismo, considerándose comprendido en aquella vergüenza, puso en detestación toda obra de imaginación y de ficciones; y á esto indudablemente, se debe que siendo nuestro siglo XVII fecundo, fecundísimo en novelas, puede decirse que en el siglo XVIII no se conocen en nuestra literatura, que no solo olvida las suyas del siglo anterior, sino que tambien rechaza las francesas, aunque entonces se miraba con muy buenos ojos, como ahora sucede, todo cuanto de allende el Pirineo nos venía; puede decirse que en todo ese siglo no se escribieron novelas, y sólo en los últimos años comenzaron á hacerse algunas traducciones de las que en Francia é Inglaterra se publicaban, sin



que apenas se conozca producción alguna genuinamente española, en este género, cuando comienza el siglo XIX.

Para el estudio de la historia de la novela en éste, conviene que lo consideremos dividido en tres periodos, que son casi iguales en su duración, pero muy diferentes en su aspecto, en sus caracteres y en sus tendencias.

Hasta el año 1830, la novela en España es puramente extranjera; desde ese año hasta el de 1860, la novela se compone en España, pero imitando á la extranjera; y desde 1860 hasta nuestros días, la novela es genuinamente española. En el primer periodo, la novela es sentimental, en el segundo, histórica y en el tercero de costumbres. En el primer periodo, la tendencia de la novela es principalmente á recrear, en el segundo su principal objeto es instruir, y en el último parece no tiene otro fin que moralizar; pero advertiré á Vds. que estos periodos no son tan absolutos, que comiencen ó terminen precisamente en un día, en un mes ni en un año; ni es su carácter tan exclusivo, que desaparezcan por completo en un periodo las novelas que caracterizan otros; ni que la novela extranjera, por ejemplo, excluya la de costumbres, ni la genuinamente española rechace la sentimental ni la histórica.

En el primer periodo apenas se divisa una novela española; sólo se tiene noticia de una titulada *La Serafina*, publicada por D. José Mor de Fuentes, que, aunque vale bien poco, sin duda por ser



española se leía con avidéz y se hicieron de ella varias ediciones; fuera de esa novela y de algún otro muy raro ensayo de menos importancia y de más escaso mérito, todos los demás *libros de entretenimiento*, como entónces se decían, eran traducciones de los que en Francia é Inglaterra se publicaban. El activo periodista D. Pedro María Olive, publicó desde 1816 á 1819 su *Biblioteca Universal de novelas, cuentos é historias*, y de todos los publicados en ella, sólo puede caracterizarse como española un arreglo de *Corina ó la Italia* de Madame Stael; las novelas de Richardson y Marmontel, las de Chateaubriand, como *La Atala*, *René*, *Aventuras del último abencerrage*, *Los Natches*; las novelas espantosas de Ana Racliffe, como *El castillo de Nebelstein*, *El Confesionario de los penitentes negros*, *Las visiones del castillo de los Pirineos* y alguna otra como *Los Novios*, de Manzoni, ó *Pablo y Virginia*, eran las que formaban el repertorio de los amantes de la lectura de entretenimiento en España, hasta el año 1830. En este año comenzaron á traducirse las novelas de Madame Cotting y Madame Genlis; de la primera se publicaron *Matilde ó las Cruzadas*, *Malvina* y alguna otra; de la segunda, *La Princesa de Clermond*, *El sitio de la Rochela*, *Alfonso ó el hijo natural*, *Las veladas de la quinta* y otras, siendo todas estas novelas las que prepararon el camino á la novela histórica, que acababa de crear en Inglaterra el novelista escocés Walter Scott.

La merecida fama que este novelista gozaba y

las alabanzas que se le tributaban, no solamente en Inglaterra, su pátria, sino tambien en Francia, porque nadie, antes que él, supo consultar tan atinadamente las antiguas ruinas, y explicar las tradiciones, hizo que en España se leyesen sus novelas con entusiasmo, haciéndose profusión de traducciones de todas ellas, aunque pocas dignas de aprecio; porque ordinariamente se tomaban de las traducciones francesas y se hacían buscando en ellas el negocio que proporcionaba la pronta publicación, más que la gloria que podía traer consigo una traducción estudiada.

A Walter Scott debemos los españoles haber despertado en España el génio de la novela, dormido completamente desde que pasó el siglo XVII; pues ni las novelas de Madame Cotting, ni las de Madame Genlis, ni las de Chateaubriand, ni *La Serafina* que escribió Mor de Fuentes, con haber sido tan bien recibidas, fueron suficientes para mover á los literatos españoles á escribir aquella clase de libros; y no bien comenzaron á publicarse las novelas de Walter Scott, cuando fueron apareciendo novelistas españoles, unos que imitaban al escocés, otros que seguían los pasos de Arlincourt, la Genlis ó la Cotting; á éstos últimos imitaron D. Isidoro Villarroya en su novela *Marsilla y Segura ó Los amantes de Teruel*, y el escolapio D. Pascual Perez, en *La Torre Gótica*, en *La Annistia cristina ó El solitario de los Pirineos* y en algunas otras.



Entre los que más se distinguieron por imitar á Walter Scott, toca uno de los primeros lugares á D. Ramon Lopez Soler, que en 1830 publicó en Valencia *Los bandos de Castilla ó El Caballero del Cisne*, en que unas veces copia y otras remeda al novelista escocés; y que con el pseudónimo de D. Gregorio Perez de Miranda, escribió después *Kar-Osman*, *Jáime el Barbudo*, *El Primogénito de Alburquerque* y *La Catedral de Sevilla*. Contemporáneo de Lopez Soler, y como él imitador de Walter Scott, fué D. Estanislao de Coska Vallo, que escribió *Grecia ó la doncella de Misolonghi*, *La Conquista de Valencia por el Cid*, *Aventuras de un elegante*, *Los espatriados ó Zulema y Gazul* y *Juana y Enrique, reyes de Castilla*, las cuales novelas están publicando que el autor carecía de génio para la novela, pero que conocía bien la lengua inglesa y manejaba mejor la castellana. D. Mariano José de Larra fué otro de los novelistas españoles imitadores de Walter Scott, en su novela *El doncel de D. Enrique el doliente*, que no es otra cosa que la tradición de *Macías el enamorado*, de que ya tuve el honor de hablar á Vds. tratando de la poesía; pero en esta novela, aunque Larra imitó á Walter Scott en la propiedad de las descripciones y en la exactitud en la pintura de costumbres y hasta de indumentaria, siguió más los pasos de Dumas y otros franceses en la afición á las grandes catástrofes históricas y á los sentimientos íntimos del alma; la novela de Larra ha sido objeto de los más encontrados juicios, no solo

en cuanto á su moralidad, sino tambien en cuanto á su estilo. El tan desventurado como famoso D. José Espronceda, fué tambien de los que en nuestra pátria imitaron á Walter Scott, aunque con todos los defectos que naturalmente debía llevar á la novela su temperamento ardiente é indisciplinado; pues quien poseía tan maravillosa vehemencia para la poesía lírica, no podía atemperarse á la fría severidad de la novela; por eso la suya, *Sancho Saldaña ó el castellano de Cuellar*, publicada el año 1834, ha sido eliminada por los editores de la colección de sus obras, y es mirada por los críticos con desdén: y más que con desdén, con repugnancia se mira por los mismos la novela *El golpe en vago*, del íntimo amigo de Espronceda, D. José García Villalta, que en ella dió muestra de muy profundos conocimientos de la lengua castellana, que con ser tan grandes no son suficientes para libertar su novela de los golpes que, no en vago, le asestan las escenas vulgares, sazoadas con chistes de marcado sabor impío y los horrores que atacan á la imaginación y á los nervios. Los mismos pasos que los anteriores siguió Don Patricio de la Escosura en sus novelas *La Conspiración de Méjico ó los hijos de Hernán Cortés*, *Ni rey ni roque* y *El Patriarca del Valle*, si bien se separó de Walter Scott para seguir al novelista francés Eugenio Sué, haciendo la novela instrumento de propaganda política ó tomando como máquina del *Patriarca del Valle*, un cuento del mismo jaez que el del *Judío Errante*. De la misma escuela de Walter



Scott, fué D. Serafin Estevanéz Calderon, en su novela *Cristianos y moriscos*; D. Francisco Martinez de la Rosa, en la suya *Doña Isabel de Solís, reina de Granada*; pero es innegable que á todos escedió D. Enrique Gil, en la que publicó con el título *El Señor de Bembibre*, que ha sido objeto de acaloradas discusiones, pretendiendo algunos que es un plagio más que una imitación de otra del novelista escocés; pero injustamente, pues en esta novela, además que son notables las diferencias y novedades que la separan de todas las de Walter Scott, se revela el génio poético del novelista y brilla sobre todo la elegancia y melodía del lenguaje castellano, en que hasta entónces, en su siglo, nadie le había igualado. Por entónces se había despertado tal frenesí por las novelas históricas, que fueron muchos los que se dedicaron á escribirlas; entre ellos D. Eugenio de Ochoa, D. Juan de Ariza, D. Isidoro Gil y otros muchos, siendo el mayor número imitadores de Walter Scott, y puede decirse que por entónces fueron los últimos, pues pasados los primeros diez años de este periodo, ó sea en 1840, una nueva tendencia, que fué como una calamidad, se inicia en nuestra novela por haberse conocido en España las que en Francia comenzaban á escribir Jorge Sand, Eugenio Sué, Victor Hugo, Alejandro Dumas y otros; esta influencia fué en nuestra literatura como una epidemia que comenzó hácia el año 1835, decayó en 1845 y volvió á tomar vuelo diez años después, llegando entonces á su período álgido y siendo necesario

para que el génio de la novela enloquecido entrase en razón, un trastorno tan grande como la revolución de 1868.

Con la influencia francesa la novela histórica, que tan bien interpretaban Walter Scott y sus partidarios, no fué más que una relación de lances apurados, abigarradas fisonomías y ficciones exageradas, cuyo objeto no era otro que agitar violentamente los nervios, la sangre y la curiosidad: si la acción resultaba interesante, haciendo asomar las lágrimas á los ojos, todo lo demás era accesorio. Además de esto degeneró la novela en España siguiendo á Jorge Sand, Eugenio Sué y Victor Hugo en obra de propaganda antisocial y antireligiosa; y como nada hay que ejerza en el pueblo tanta influencia como esos libros que recrean su imaginación, las novelas de esa época difundieron las ideas antisociales y antireligiosas más que todos nuestros revolucionarios y librepensadores, como en Francia las novelas *Los Misterios de París* y *Martin el Expósito*, han hecho más socialistas que las predicaciones de Cabet y Luis Blanc. Es verdad que en España la mayor parte de los novelistas que por ese camino siguieron á los franceses, lo hicieron inconscientemente, pero los siguieron al fin, y acaso contra su voluntad sembraron el mal que nosotros estamos recolectando. ¡Quién sabe si nuestra guerra de Cuba tendrá sus principales raíces en libros como *Sab*, novela que escribió D.<sup>a</sup> Gertrudis Gomez de Avellaneda! ¡Cuántos novelistas no aparecieron en



esa época que derrocharon, si no grandes talentos, muy brillantes ingenios, escribiendo libros que ciertamente desaparecieron pronto, pero no sin dejar á su paso en la atmósfera de las inteligencias los miasmas deletéreos que ván corrompiendo nuestra sociedad! D.<sup>a</sup> Gertrudis Gomez de Avellaneda, que en sus obras no desmiente el fuego que dió á su sangre aquél sol bajo que había nacido, y en sus novelas *Sab*, *Guatimozin* y *Capitolino*, está publicando la exaltación de sus pasiones nunca domadas. D. Wenceslao Ayguales de Izco, plagiaro más bien que imitador de Eugenio Sué, de estruendosa fama popular en sus días, saludado como el restaurador de la novela española por algunos que entónces se decían críticos en España y en el extranjero, sin considerar que *María la hija de un jornalero*, *La Marquesa de Bellaflor ó el niño de la Inclusa* y *Pobres y ricos ó la Bruja de Madrid*, en nada se parecen á la novela española y apenas si tienen derecho para penetrar en el campo de las bellas letras. D. Antonio Flores imitó acaso en extremo á Sué en su novela *Fé, Esperanza y Caridad*, y pinta en ella una sociedad inverosímil y á la que apenas si pueden salvar algunos muy pocos bien delineados caractéres y un estilo relativamente culto. Don Francisco José Orellana, D. Manuel Ibo y Alfaro, que se distingue por el sentimentalismo de sus novelas; D. Fermin Gonzalo Moron, que escribió la titulada *El Cura de la Aldea*, no tan mala, pero de menor fama que la que con el mismo título escribió

después D. Enrique Perez Escrich, D. Manuel Juan Diana, cuya novela *La calle de la Amargura* mereció la aprobación de la Real Academia española; Don Antonio Hurtado, con su novela *Cosas del mundo*; D. Manuel Fernandez y Gonzalez, destinado por la providencia para ser una gran figura en nuestras letras, como lo demostró con sus primeras novelas tan notables como *El Cocinero de S. M.* y *Men Rodriguez de Sanabria*, lanzado después en el lodazal hasta escribir novelas tan repugnantes como *Lucrecia Borgia*, *El Collar del Diablo*, *La maldición de Dios*, *D. Juan Tenorio* y otras cuya lectura crispa los nervios menos delicados; D. Enrique Perez Escrich, que en *El Mártir del Gólgota* azota la historia, y en *La Mujer Adúltera* escandaliza; Don Torcuato Tárrago y Mateos, de quien decía un crítico de su tiempo: «Ni pincha ni corta, pero destroza la historia;» D. Ramon Ortega y Frias, que en atrocidades supo dejar tamañita á la exaltada Ana Raccliffe y hasta el título de sus novelas *El Diablo en Palacio*, *La Mancha de Sangre*, *El Tribunal de la Sangre*, indican todo lo trágico de sus libros, en donde para que nadie quedára por degollar, se degollaba hasta el habla castellana; D. Juan de Dios de Mora, D. Florencio Ruiz Parreño y quién sabe cuántos más. Esto aparte de las mógicas, que enfras-cadas en las lecturas de aquellas novelas, cuya belleza sólo se hacía consistir en la colisión de los sentimientos más íntimos y en el choque de las pasiones más encontradas, se metieron también



como Juan por su casa á escribir novelas, imitando unas á la francesa y algunas, muy pocas, las de Walter Scott, Pilar Sinué de Marco, Carolina Coronado, Enriqueta Lozano de Vilchez, Rosalía Castro, Catalina Macpherson, Patrocinio de Biedma, Teresa Arroniz, Joaquina García Balmaseda, Julia Asensi y algunas otras. Con esto podemos ya dar por terminado el estudio de la historia de nuestra novela en el segundo periodo de este siglo, que si trajo pocos bienes á las letras, pues como he dicho á Vds., en la novela todo lo que no fuera la fábula en que lucháran las más fuertes pasiones y se triturásen los más nobles sentimientos, todo, caractéres, descripciones, estilo, verdad histórica, todo era accesorio; en cambio hizo muy gran propaganda de ideas antisociales y antireligiosas y las que en este punto eran inofensivas, hicieron mucho daño para el conocimiento de la historia, pues parece que se leen en ellas acontecimientos de nuestros días, aun en aquellos que nos pintan de los siglos XII ó XIII.

Como decía á Vds. anteriormente, fué muy pasagera en nuestra literatura la influencia del novelista escocés Walter Scott; pues no obstante que bien merecía más consideración, siquiera sólo fuera porque él había venido á despertar el génio de la novela en España, que desde que pasó el siglo XVII se hallaba como muerto, la influencia avasalladora del romanticismo francés, hizo que muy pronto se diera al olvido; pero pasado algún tiempo, no faltaron literatos que conociendo el mal camino

que nuestra novela seguía imitando á la francesa, que no era superior á la de Walter Scott y mucho ménos desde que aquélla habíase entregado á la propaganda de ideas subversivas, hicieron esfuerzos para que nuestra novela siguiera de nuevo los caminos que el novelista escocés había trazado y que habían sido tan del gusto de los españoles; y así fué que aun dentro del periodo que acabamos de examinar, no faltaron literatos que hicieran muy buenas imitaciones de la novela inglesa. Entre ellos, que no fueron pocos, son de notar D. Fernando Patxot, que escribió *Las Ruinas de mi Convento*, novela notable por la verdad y el sentimiento con que está escrita; D. Diego de Luque, que publicó *La dama del conde Duque*; D. Antonio Cánovas del Castillo, con *La campana de Huesca*; D. Benito Vicetto, con *Los Hidalgos de Monforte*; D. Víctor Balaguer, publicando *Urbi et orbe*, las hermosas *Tradiciones de Cataluña*; D. Mariano Gonzalez del Valle, con *El caballero de Almanaca*; D. Francisco Navarro Villoslada, con *D.<sup>a</sup> Blanca de Navarra* y *D.<sup>a</sup> Urraca de Castilla*; D. Gustavo Becquer, que en su lenguaje sentido y elegíaco recuerda á D. Enrique Gil, Castelar, Simonet, Amador de los Rios, Herrero y otros muchos, que no muy tarde hubieran seguramente restablecido la escuela de Walter Scott, que siempre es más simpática en España que la escuela francesa por su mayor naturalidad y más exactitud en la verdad histórica; pero debía agrandar más la novela genuinamente española y esencial-



mente castellana, y cuando ésta apareció, aquélla fué perdiendo su influencia, al mismo tiempo que la francesa la perdía.

El año 1848 se publicó en el periódico de Madrid *El Heraldo* una novela que se decía de costumbres, titulada *La Gaviota*, cuyo autor ocultaba su nombre bajo el pseudónimo de Fernan Caballero, y muy pronto se supo que el autor de aquella novela era una señora que ya pasaba de los cincuenta años de edad, y que aunque llevaba apellidos extranjeros, pues se llamaba Cecilia Bohl de Faber y había nacido en Suiza, se había educado en España, y en defender que era española hacía siempre grande empeño. Aquella novela llamó mucho la atención porque hasta entónces en este siglo no se había visto nada que se le pareciera ni en el fondo ni en la forma, y aunque fué objeto de muy encontradas apreciaciones, agradaba mucho á todos, sin duda porque la sencillez y naturalidad resaltaban mucho en ella; además, al calmarse el romanticismo francés en 1845, según he tenido el honor de decir á Vds., habíanse presentado dos tendencias en la novela: una que se llamaba de ejemplaridad docente y que tenía por objeto la enseñanza por medio de la fábula, y otra cuya pretensión era la instrucción por la pintura de la realidad de las cosas; y en la novela que se publicaba en *El Heraldo* se veían sintetizadas y unidas las dos tendencias: en *La Gaviota* no había desbordamientos imaginativos, ni lances increíbles, ni

exaltaciones nerviosas, ni pasión efervescente, ni exagerada colisión de sentimientos; pero sí había primorosos cuadros de costumbres, sinceridad de afectos, delicadeza de sentimientos, colorido local, verdad y consecuencia en los caracteres, cosas que entónces se estimaban poco, y es lo que constituye la novela.

Fué tal el efecto que entre los literatos *La Gaviota* produjo, que D. Eugenio de Ochoa, crítico entónces de alto vuelo, decía en el periódico *La España* que *La Gaviota* sería el primer albor de un hermoso día para la novela española; y no se equivocó en su predicción, pues *La Gaviota* ha sido el primer albor del hermoso día que para la novela española hoy luce. Fernan Caballero, ó si se quiere D.<sup>a</sup> Cecilia Bohl de Faber, escribió después muchas novelitas, que por su número fuera enojoso citar, pero en las que siguió la misma marcha que en *La Gaviota* había seguido: no se elevó á regiones á donde solo la exaltación de las pasiones ó la elevación extraordinaria de los sentimientos llegan, como hacía la escuela francesa; ni penetró en los acontecimientos de la historia para darlos á conocer detalladamente y con verdad, como hacía la escuela de Walter Scott; pero se detenía á descubrir la poesía y la grandeza que hay en los acontecimientos ordinarios de la vida con una abundancia de colorido, con una profusión de luces poéticas, que recreaban y encantaban con más dulzura y suavidad que todos aquellos acontecimientos pintados fuera



de la ordinaria realidad; pues aunque no eran sus fábulas ni sus personajes de los que refiere ó nos dá á conocer la historia, eran tan naturales y verdaderos, que parecía estarlos viendo en la vida ordinaria; y de esta manera iba poniendo de manifiesto los bellos sentimientos y la grandeza que existen en la sociedad á nuestro lado, inclinándonos á imitarlos y haciéndonos ver que aun en medio de las miserias y cubierta con los harapos de nuestra sociedad, pueden existir y existen de hecho la generosidad y la nobleza.

Después de D.<sup>a</sup> Cecilia Bohl, que por mucho tiempo luchó sóla con la impetuosa corriente de la tendencia francesa, comprendieron los novelistas españoles que era aquél el verdadero camino de la novela y comenzaron á imitarla, abandonando la pintura de aquella felicidad que no está al alcance de el que la desea, porque se hace consistir en los placeres de la riqueza ó en los deleites de las pasiones, y de aquellas escenas que exaltan la imaginación en un sentido más perverso y de peores consecuencias, que aquél en que la exaltaban los libros *de caballerías*; y así es que todos han procurado seguir el mismo camino, con más ó ménos acierto ó con más ó ménos fortuna. Escribe ya en este camino D. Juan Valera su *Pepita Jimenez* y las *Ilusiones del Doctor Faustino*, dando á conocer en ambas producciones que es novelista de mucho brío, aunque de más talento que génio, lo que ha dado lugar á que de él se diga que aunque no siente



conoce como pocos la manera de sentir; publica D. Pedro Antonio de Alarcón *El Escándalo*, que lo movió muy grande, no sólo por el mérito de la novela sino por la irritación que ocasionó á sus amigos ver cómo escribía el antiguo demagogo y el liberal de siempre, como si fuera mengua que la edad y el estudio hicieran variar de ideas; pero Alarcón no las varió, pues lo mismo en *El Escándalo* que en *Las Revistas de Madrid*, *Cosas que fueron*, *El Final de Norma*, *El sombrero de tres picos*, *El niño de la bola* y otras muchas novelas anteriores y posteriores á *El Escándalo*, demostró siempre Alarcón profundo sentimiento cristiano y un españolismo á la antigua, que aunque amalgamado con las ideas del siglo y las ilusiones liberales, le hacían buscar siempre las delicadezas morales, revelándose y sintiéndose lastimado por la más pequeña grosería ó vulgaridad.

D. José M.<sup>a</sup> de Pereda ha comprendido como ninguno el camino iniciado por Fernán Caballero, llegando en él á tanta altura, que ha merecido ser considerado como el único competidor de las novelas ejemplares de Cervantes: *D. Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera*, *El sabor de la Tierruca*, *Pedro Sanchez* y *Sotileza* son cuadros de los más comunes, pero pintados con los más ricos y delicados colores; *Los hombres de pró*, *Ensayos dramáticos* y *El buey suelto*, son colecciones de retratos que admiran los primeros pintores; y en todas sus novelas, que no son pocas, tiene muy bien asentada su fama de ser el



más esclarecido de los que cultivan la novela genuinamente española; es verdad que D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán ha creído encontrar un defecto en Pereda, diciendo que no cultiva un campo, sino un huerto de la novela, porque todas las suyas tienen por escenario sus montañas; pero esto, además de no ser cierto, como lo demuestra la novela *La Montalve*, nunca sería un defecto como no lo es para Cervantes el no haber visitado el imperio chino; muchas son las buenas condiciones que como novelista se reconocen en Pereda; hay quienes estiman como superiores su estilo, su sencillez, su verdad, su naturalidad; pero en mi humilde opinión, que como mía ruego á Vds. acojan con reserva, lo que más le realza, lo que le pone frente á frente al Manco de Lepanto, es que Pereda sabe cómo deben sentir, cómo deben pensar y cómo deben hablar cada uno de los personajes que presenta en sus novelas; y de ello nos ha dado muy clara muestra en su último hermoso cuadro *Pachín Gonzalez*. No son tan notables ni mucho ménos las novelas que escribió el ingeniosísimo Selgas, pues *La Manzana de Oro*, *El Angel de la Guarda* y *Las historias contemporáneas*, no se librarán nunca del pecado de haber robado el tiempo en que pudieron escribirse otra *Primavera* y otras *Hojas sueltas*; ni á ellas pueden redimir las aquellas sartas de perlas de los más delicados conceptos que forman su estilo. D. Ceferino Suarez Bravo escribió también su novela *Guerra sin cuartel*, que fué premiada por la Real Academia española;

el Marqués de Figueroa ha escrito *El último estudiante* y *Antonia Fuertes* y *La Vizcondesa de Armas*; D. José Navarrete ha publicado *María de los Angeles*; y Polo y Peirolon y Federico Urrecha y Luis Alfonso y Salvador Rueda, del que ha dicho el fraile Agustino Francisco Blanco García, que lleva en su cerebro un ruiñeñor de arpada lengua para cantar las armonías del clima andaluz, y otros muchos que han venido á formar el hermoso día de la novela española, de que decía D. Eugenio de Ochoa era su primer albor *La Gaviota* de Fernan Caballero.

Es verdad que tambien entre nosotros ha tenido su eco ese grito salvaje lanzado de la parte de allá del Pirineo, que puede considerarse como el gemido de despecho que lanza la pasión al sentirse aplastada por la delicadeza del sentimiento; el naturalismo ha tenido tambien sus secuaces en España; pero nuestros literatos no han seguido á Zola en sus obscenidades y desnudeces, limitándose á cantar las pasiones, considerando como insulséz y ñoñería la elevación de los sentimientos del alma; Fray Francisco Blanco García, que antes he citado y que ha escrito la historia de nuestra literatura en el presente siglo, cuenta entre los naturalistas de nuestra novela á Armando Palacios Valdés, á D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán, á D. Felipe Octavio Picon, á D. José Ortega Munilla y á D. Leopoldo Alas (Clarín). ¿Son verdaderamente naturalistas esos autores de novelas? De algunos no cabe dudar, porque hacen gala del sambenito. ¿No hay más naturalistas que los citados



en la novela española? Pero haya ó nó más, séanlo ó nó todos los nombrados, la verdad es que la escuela en que escriben nunca producirá la belleza delicada que, sin ser empalagosa, recrea el espíritu; y sólo servirá para trasmitir á las generaciones venideras la historia documentada del vicio de nuestros días.

Para terminar, pues ya estoy molestando á Vds. y abusando de la bondad de nuestro respetable Prelado, hablaré de dos de nuestros novelistas de más fama, de los que de propósito dejé de hablar hasta ahora que voy á terminar: D. Benito Perez Galdós, tiene bien acreditada la fama de fecundidad prodigiosa, con la publicación de *Episodios Nacionales*, *Gloria*, *Doña Perfecta*, *La familia de Leon Roch*, *La Desheredada*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas*, y otra multitud de novelas queha publicado y está publicando y que nos han dado á conocer lo muchísimo que vale; pero desgraciadamente, olvidando el carácter de la novela española, pretende convertir la suya en obra de propaganda, haciendo de ella terrible arma de combate contra la religión y el espíritu de nuestras tradiciones; y cuando se procede así, necesariamente se tienen que desnaturalizar los caracteres y alejarse del arte, porque hay que presentar jóvenes, como *Gloria*, que saben demasiado para su edad. Esto no obstante, y á pesar de que no son pocos los enemigos de Perez Galdós que, con razón, le acusan de pretender introducir en nuestra novela la propaganda que sólo corresponde

al libro de estudio, hay que reconocer que es digno de admiración por su notable ingénio. El otro novelista, último de que he de hablar á Vds., es el jerezano Padre Luis Coloma, íntimo amigo y discípulo de Fernan Caballero, y por ende mejor enterado que otro alguno de las doctrinas que acerca de la novela profesaba aquella señora, á quien tanto debe la novela española: en las muchas cortas, publicadas por el Padre Coloma en *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, y después en libro aparte, ha demostrado siempre, ser uno de los más aventajados discípulos é imitadores de D.<sup>a</sup> Cecilia Bohl; poseer conocimientos nada superficiales de la sociedad y muy profundos del corazón humano, y estar dotado de rica fantasía y muy poderoso ingénio; pero en hora menguada le ocurrió escribir una novela, *Pequeñeces*, que es la que le ha dado más fama, porque es la que más ruido ha metido, y la que seguramente considerarán siempre los críticos como la única mancha que afea la historia literaria del Padre Coloma. ¿Con qué derecho podrá ya éste censurar á los que, con el pretexto de fustigar el vicio, lo presentan desnudo al público, para que pueda así servir de enseñanza á los viciosos? Titulára en buen hora *Grandezas* á su libro; presentára en él alguna de esas señoras, que por la misericordia del Señor, tambien las hay en nuestra aristocracia que se dedican á hacer por todas partes el bien, á llevar la felicidad á los que les rodean y se apartan de los negocios que á sólo los hombres tocan, y



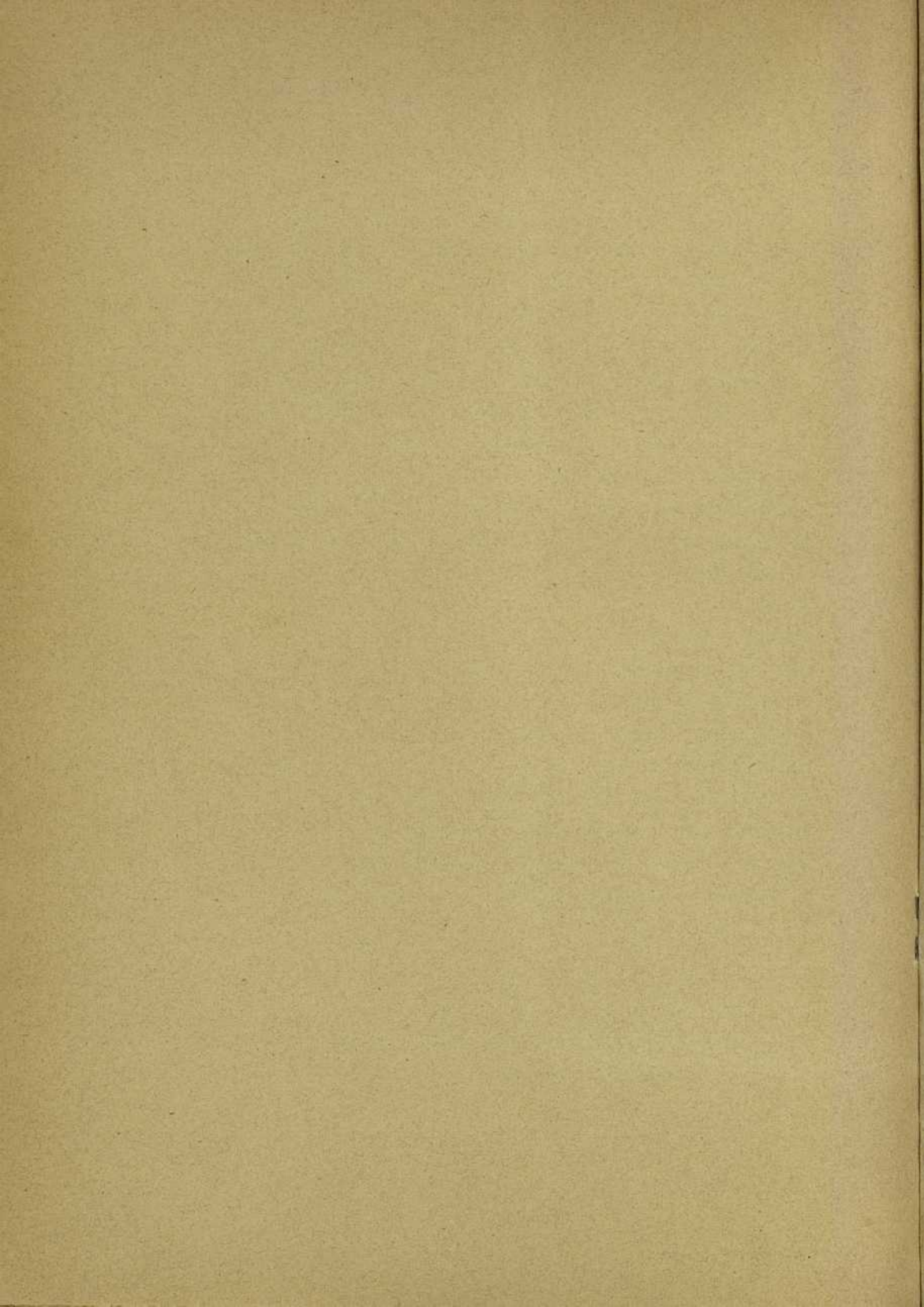
acaso su novela no fuera tan leída, pero seguramente sería más provechosa, porque sin presentarlas al desnudo, aplicaría el más doloroso cauterio á todas las *Curritas de Albornoz*, que con su exhibición corrigen á pocos y pueden corromper á muchos. *Es verdad que en todas las novelas se presenta el vicio; pero en personajes de segundo orden y sólo en cuanto sirva para contraste de la virtud; sólo formando el marco, digámoslo así, al cuadro de la virtud, lo que no es lo mismo que presentar la virtud sirviendo de marco al cuadro del vicio. Es verdad que éste aparece en épocas determinadas en toda su asquerosa desnudez; pero si este es motivo para pintarlo así en la novela, no hay razón para censurar á Zola ni condenar su escuela. Y no me digan Vds. que nada hay más hermoso que la Magdalena arrepentida despues que fué pecadora; esto es una verdad que nadie podrá negar; pero menos habrá quien dude, que el Santo Evangelio detalla mucho el arrepentimiento y las lágrimas de Magdalena, y no se detiene á pintarnos escena alguna de su vida de pecadora (1).* La novela española nunca se detiene á detallar el vicio, porque es tanto como enseñar á los viciosos; alaba siempre la virtud, porque así la hace simpática á todos.

HE DICHO.

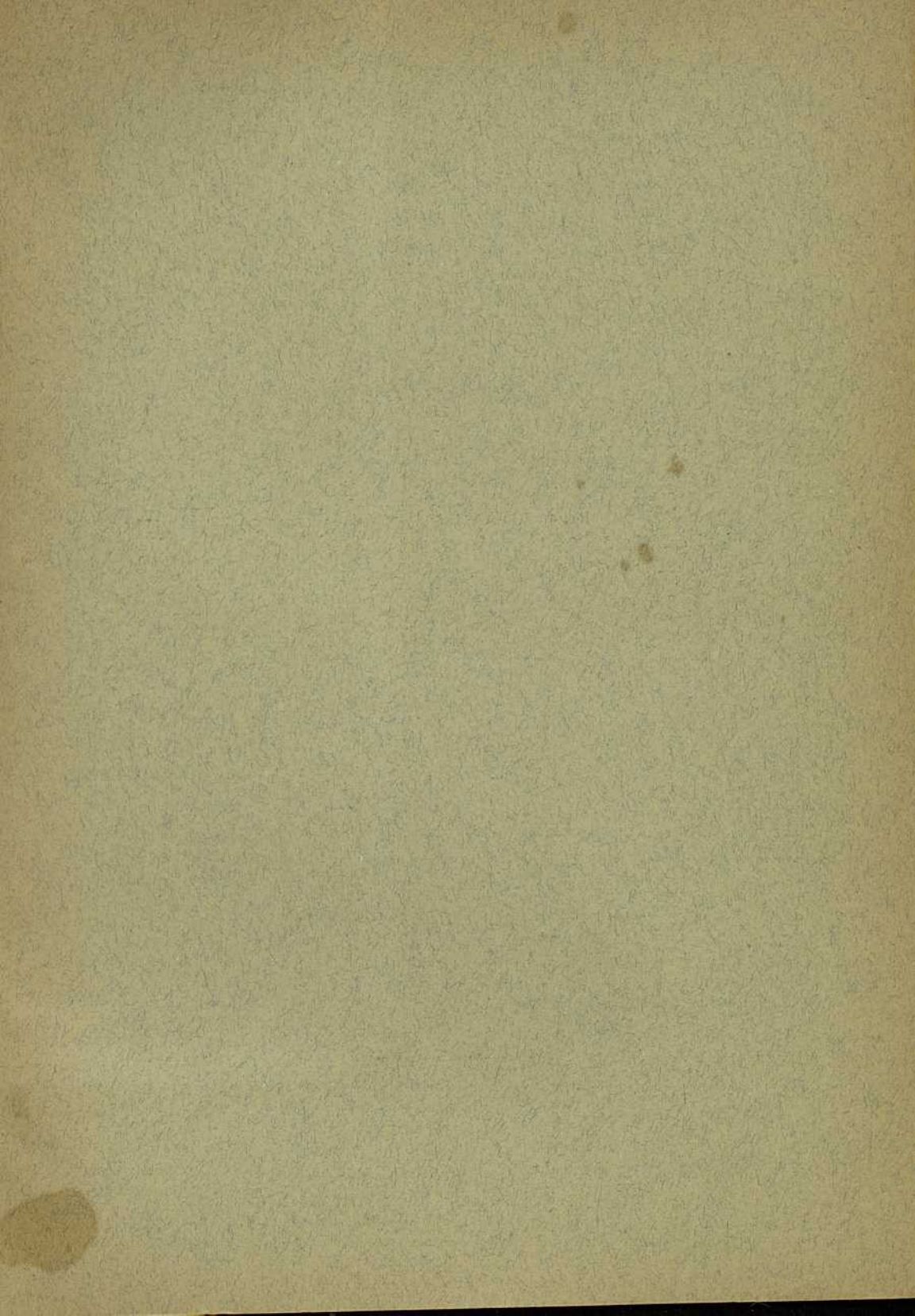
---

(1) Todo lo que precede escrito en letra bastardilla, ha sido añadido en esta conferencia, para contestar algunas observaciones, que en la prensa periódica se han hecho al autor.

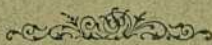








34	12
120	32
70	355
17	<hr/>
44	399
60	
28	
48	
18	
16	



Se halla de venta al precio de UNA PESETA  
VEINTICINCO CÉNTIMOS, en ~~casa del autor~~, calle  
~~Duque de la Victoria, número 5~~

*La Librería de Duarte, Calle de Granada n.º 43*

